

## **UN ENOJO QUE CONFUNDE**

**Dudas sobre la función de los sentimientos**



## **I. En la trampa<sup>5</sup>**

Pedro está muy enojado. No es algo de hoy ni de ayer. Hace años que su enojo –silencioso o explosivo– deja aterrorizados e impotentes a sus padres, Osvaldo y Mirta. Ella llora, él ya no sabe qué hacer.

Pedro no es un niño, ni un adolescente. Es un hombre de treinta y cinco años que hace quince se fue de su pequeño pueblo y vive solo en un departamento en el centro de Rosario. Es contador, tiene su empresa, sus amigos, sus intereses. Sin embargo, no termina de despegarse de sus padres, aunque ellos quedaron en el pueblito, a más de cien kilómetros.

Tampoco ellos se pueden despegar de Pedro. Piensan en él, dependen de él, se enredan con él en proyectos engorrosos o inviables. Siempre Pedro y su dinero están en el medio. Hasta la compra de un simple celular se complica por meses en laberintos incomprensibles, porque a través de la empresa de Pedro “se podría ahorrar” no se sabe qué impuesto y “se podrían hacer llamadas gratis”, o “ya le van a entregar un nuevo aparato que le corresponde”. Y así, entre promesas incumplidas, extorsiones, llantos y pedidos respetuosos, pasan días y meses en los que el tema del celular es motivo de peleas, gritos y enojos sin fin.

Pero eso no es todo. Pedro tiene una hermana, Reina, de 27 años. Reina no trabaja, apenas estudia y tiene un carácter pegajoso y vueltero que genera rechazo en todos los lugares

---

<sup>5</sup> La historia que voy a contar la conozco a fondo y con muchos detalles, pero llegó a mí de un modo indirecto. Inés, la terapeuta de familia y Montse, su joven colaboradora, se reunieron conmigo a lo largo de tres años. Los tres, semana a semana, debatimos durante muchas horas sobre cómo comprender la historia de Pedro y su familia, con la esperanza de que nuestro entender ampliara nuestra capacidad de ayudar.

donde va. No se maneja bien con el espacio y el tiempo. Puede aparecer muchas horas después de haberse ido, medio perdida, a treinta kilómetros, en algún barrio periférico, sin dinero y sin saber cómo volver.

Pedro está enojado. Está convencido de que su hermana es una “viva” que se aprovecha de todos. Piensa que desde siempre se consumó una injusticia. Que a él le exigieron todo y a Reina nada. Que a ella la consintieron desde antes de nacer, con el nombre que le eligieron, con la mamadera, las golosinas, las muñecas importadas. Todo se alineó para que ella aprendiera a sacar provecho, a hacerse la tonta, la caprichosa, la incapaz.

Los padres, en cambio, piensan que Reina prácticamente es una discapacitada. Ellos la tuvieron de grandes y ahora la ven tan limitada que no se imaginan cómo va a sobrevivir cuando ellos no estén. No quieren ni pensar en el desamparo en el que va a quedar. Pedro parece inundado de odio y, según creen, no va a mover un dedo por darle algo de protección.

Hace años que Osvaldo busca soluciones. Consultó a distintos profesionales y siempre está atento a ver si hay algo que se pueda hacer. Por eso, un tiempo atrás, con renovada esperanza consultó a Inés. Se la habían recomendado para tratamientos familiares. Le dijeron que estaba aplicando nuevos enfoques y que había tenido éxito en casos difíciles.

Ya en la primera sesión familiar, Inés se dio cuenta de que los cuatro estaban atapados en una *interdependencia recíproca enfermante*. Previó que el trabajo sería difícil y por eso le propuso a Montse –observadora incisiva y sutil– que fuera co-terapeuta. Se propuso tomar esta familia como un “caso de estudio” y las dos comenzaron a reunirse semanalmente conmigo para acompañar el proceso con una *segunda mirada*.

Desde el comienzo del tratamiento nos llamó la atención

que Osvaldo relatara con tanta naturalidad cosas que otros tomarían como indicios preocupantes. Contó por ejemplo que él suele terminar las tareas domésticas que su esposa comienza, porque ella no logra completarlas con éxito. Para hacer una comida normal tarda cuatro horas. “Tarda” es una manera de decir, porque en realidad no puede terminar. Si no fuera por Osvaldo, ella nunca lo lograría.

Mirta tiene grandes temores, por ejemplo, le teme al fuego. Cuando Pedro y Reina eran chicos, salió en varias ocasiones a la calle, ella y sus hijos a medio vestir, convencida de que el departamento se había incendiado. Osvaldo procura justificarla argumentando que tal vez el calefón había largado algún fognazo.

Las angustias de Mirta eran tan intensas como inexplicables. En dos ocasiones llevó a Reina al Instituto del Quemado porque nadie la podía convencer de que no tenía una quemadura. Cuando Osvaldo comienza a justificarla aduciendo que Reina tenía en el brazo una zona un poco roja, que podía ser una quem..., Pedro interrumpe y se sale de las casillas. Grita y se enfurece contra el padre que niega, contra la madre que pone la misma cara de angustia que cuando se imaginó el fuego o la quemadura, y, ya que está, grita algo contra Reina que algún motivo le da, y si no, él lo inventa.

A pesar de que tiene experiencia, Inés dice que nunca vio a alguien que sin ser un paciente psiquiátrico se pusiera tan violento en una sesión.

En todos los relatos de la familia impera la confusión. En lo económico, no hay manera de saber cómo son las cosas. Mirta es docente, pero hace veinte años que está en tareas pasivas. Le es imposible estar frente a un grupo de alumnos. No se sabe cuánto gana y cuánto le descuentan por los días

que falta y las licencias sin goce de sueldo. Hace algunos años, Osvaldo se acogió a un retiro voluntario cuando se privatizó una empresa del Estado en la que tenía un excelente sueldo. Puso un negocio de comestibles y en un año lo tuvo que cerrar. Ahora viaja a Rosario y hace trabajos de gestor, aunque Pedro dice que es más lo que gasta en viajar y comer que lo que cobra por sus servicios.

Según Pedro, desde hace años él los mantiene a todos. Dice que en los primeros tiempos le había ido muy bien con su empresa y que había comprado dos propiedades, pero que tuvo que vender la más linda para pagar los gastos familiares, y protesta porque todos siguen despilfarrando como cuando eran ricos. Osvaldo tiene una versión diferente, dice que vivieron de la venta de una casa heredada en Mar del Plata; en cambio, Pedro afirma que se vendió porque él puso cien mil dólares para arreglarla.

En una sesión, cuentan por qué y cómo se pelearon el domingo anterior. Se iban a juntar a las doce y media, pero Reina se levantó a las dos de la tarde, y Pedro llegó a las tres. La mesa estaba puesta, a la comida le faltaba. Antes de sentarse, Pedro había notado que la nueva botella de aceite era de oliva, importado. “El aceite más caro de la Argentina”, pensó. Osvaldo estaba nervioso porque, como siempre, Mirta se estaba enredando con la ensalada. Hacía una hora y media que lidiaba con los tomatitos cherry, los lavó infinitas veces, hasta que finalmente decidió pelarlos. Reina seguía con la ropa de cama y aún no se había peinado. Estaba tirada en un sillón, dueña del cuerpo principal del diario de los domingos. Cuando Mirta llegó a la mesa con los tomates, se encendió la mecha.

—Tomates cherry, aceite de oliva, ¿quién pone la plata en esta casa? —gritó Pedro.

–Compré todo con plata de mi sueldo –dijo Mirta, casi llorosa.

–¡Pero, mamá! ¡Siempre lo mismo! ¡No te das cuenta que si gastás diez y ganás dos el que pone todo el resto soy yo?

–Otra vez el amarrete –susurró Reina.

–Callate, vos, que el baño está repleto de cremas importadas, “para ella, la reina de la casa”, y nunca en tu vida ganaste un peso.

Mirta lloraba acongojada. Osvaldo intentó mediar, diciendo que el aceite estaba en oferta, que las cremas no son tan caras como parece y que él unos días atrás había cobrado algo por un trabajo.

En nuestra reunión semanal, reflexionamos. Es verdad que la furia de Pedro parece muchas veces irracional, pero algo de razón tiene. Por otro lado, la intensidad desproporcionada puede encontrar su justificación en la impotencia de años y años.

Con este sentimiento inmovible y apasionado, Pedro no puede pensar bien. Casi se diría que no puede pensar. Los psicoanalistas buscamos ver detrás de las apariencias, sobre todo detrás de algunas cosas nimias, y de lo exagerado e incomprensible. Para nosotros, cuando algo está sobrecargado, exagerado, se enciende una luz amarilla. Y el enojo de Pedro impresiona como una lápida sellada para mantener en su tumba algo que no debe resurgir.

## **2. Detrás del enojo**

Durante dos años de tratamiento, se fueron produciendo cambios que al comienzo hubieran parecido imposibles. Reina dejó de ser la nena que había aprendido tanto a hacerse la

tonta que hasta ella misma se lo había creído; ahora comienza a pensar que puede depender de sí misma, trabaja desde hace un año y medio, gana su sueldo y va a la facultad; su futuro ya no es la gran preocupación de sus padres. Osvaldo también cambió. Escucha y se compromete más. Puede mostrarse aliado alternativamente de uno u otro miembro de la familia. A veces, desmiente a su esposa para dar lugar a sus propias percepciones o darles la razón a los hijos, incluso frente a ella.

En cambio, Mirta y sus angustias están como el primer día o peor. Y el enojo de Pedro no ha cedido un milímetro. En las reuniones, suele permanecer en silencio durante largo rato y, al decir de Inés, casi es preferible que no empiece a hablar. Quiere parecer sereno, quiere mostrarse lógico y coherente, trata de mantenerse armado, pero sigue destilando una irritación incoercible, con argumentos que por momentos se vuelven delirantes.

Es posible pensar que si el enojo continúa es porque el daño continúa. No se puede perdonar el pisotón a quien todavía nos está pisando. Pero es verdad que hay cambios notables y justamente en la dirección que él siempre reclamó. Mostrarle esto parece irritarlo aún más. Su actitud querellante, su ingenio para ver lo negativo del presente y su adherencia a los hechos del pasado que según él lo perjudicaron, son inamovibles.

Inés dice que como terapeuta se ve a sí misma bastante tolerante. No se enoja cuando Pedro rechaza lo que ella dice; no le molesta ni siquiera cuando él la interrumpe o habla superponiéndose a sus palabras para decir lo mismo que ella estaba diciendo. Se da cuenta, sin embargo, de que su posición de tolerancia se debe un poco a la experiencia y un poco a su enfoque teórico: piensa que si la presión que lo “enloquece” no cede es porque todavía no han llegado a comprender lo

suficiente. Honestamente reconoce que cuando Pedro se pone irracional, obstinado y violento, ella siente una irritación apenas controlable, tiene la sensación de que todo es inútil y la invade la desesperanza.

Un día, casi al comienzo de una de nuestras reuniones semanales, mientras Inés y yo procurábamos no caer en la impotencia, Montse tomó aire y se animó a decir su opinión más genuina: “A mí Pedro me genera mucha pena; yo creo que sufre mucho, que se pone loco porque no tolera ver sufrir a la madre. Yo lo miro y cuando Mirta se pone a llorar, con ese llanto actuado que enloquece a todos, a Pedro se le transforma la cara”.

Inés y yo escuchamos con atención y registramos esa profunda manera de percibir un más allá muy escondido. Nos pareció una observación verosímil y algo se dio vuelta totalmente en nuestra manera de ver. Con esta perspectiva, sentimos que renacía la esperanza: se abría una nueva tarea, la de mostrarle a Pedro su propio dolor y el amor oculto por su mamá. No fue fácil. Inés se topó una vez más con lo que en psicoanálisis se llama *las resistencias*, esas fuerzas internas que se levantan para no reconocer las verdades que duelen.

Pedro parece retorcerse en la silla para no dejar ir el enojo y ver el amor y la pena que siente por su mamá. Tal vez presente que si se da cuenta de cuánto la quiere, cuánto le duele verla sufrir, cuán impotente ha sido él a lo largo de estos treinta y siete años, él mismo se va a hundir en una pena sin fondo.

Así visto, el enojo es una negación mucho más profunda, más visceral y más eficaz que las burdas negaciones de Osvaldo. Enojándose, Pedro no ve que su madre está gravemente enferma. Que ella nunca se pudo ocupar de él porque estaba atrapada por sus propios fantasmas. Que él creció solo, porque

su padre, que se tapó los ojos para negar la enfermedad, ya nunca más pudo ver las carencias de sus hijos.

Si Pedro no se engañara, si no se atrincherara detrás del enojo, los sentimientos más acordes serían, tal vez, la tristeza, la pena, la compasión. Por su mamá, que está tan mal y tan sola, y por él, que como siempre tuvo padres vivos, nadie notó lo huérfano que estaba.

Pero cuanto mayor es la tristeza que se pudre en las profundidades, mayor el peso de la lápida de enojo necesaria para tajarla.

### **3. Un caso que contradice la teoría**

En 1911 Freud había escrito un texto meduloso en el que teorizaba sobre la paranoia. Un tiempo después se encontró con un caso que parecía refutar lo que él había descubierto y entonces escribió un artículo que se llama “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”.<sup>6</sup> Por supuesto que se daba el gusto de demostrar que la contradicción era solo aparente y que, en el fondo, el caso era una demostración más de su descubrimiento.

Algo así ocurre con el ejemplo del enojo enfermizo de Pedro. Por ejemplos como estos, muchos son los pensadores que rechazaron el sentir como una forma de sabiduría. En la polaridad razón-emoción, la razón ha llevado las de ganar en la gran mayoría de los casos.

---

<sup>6</sup> Sigmund Freud (1911): “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito”, *Sigmund Freud Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976/85. Tomo XII. Y Sigmund Freud (1915): “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”, *Sigmund Freud Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976/85. Tomo XIV.

Los estoicos, por ejemplo, entendían que la virtud consiste en vivir de acuerdo con la razón, evitando las pasiones. Para ellos, solo los ignorantes desconocen la razón universal y se dejan arrastrar por emociones sin control.

Considerando la desmesura propia del ser humano, la lucha “apasionada” de estos y otros grandes pensadores por instalar a la razón como la fuerza superior es conmovedora. Sin embargo, existen filósofos, literatos y científicos que, desde una perspectiva más completa, integran los sentimientos y destacan su papel fundamental: *las pasiones, los afectos y las emociones son una forma de sabiduría, implícita y ancestral, sin la cual andaríamos totalmente descaminados.*

No caben dudas de que podemos encontrar muchísimos ejemplos de sentimientos enfermizos y dañinos como el de Pedro. Pero descartar el papel de lo emocional solo por eso sería como descartar la energía atómica porque con ella se ha hecho y se puede hacer mucho daño, sin tener en cuenta los beneficios que también puede ofrecer.

Todo sentimiento puede ser utilizado como defensa para evitar la aparición de otro sentimiento más doloroso. Hay personas que con la tristeza evitan reconocer que están enojados. También están aquellos que, como Pedro, prefieren un enojo descontrolado antes que la tristeza sin consuelo. El problema es que los sentimientos “tapón” no solo terminan siendo perjudiciales sino que nos impiden ver la función más genuina que podrían cumplir los sentimientos “tapados” si no nos hubiéramos defendido de ellos.

#### **4. Coda**

Hace más de un mes, al llegar a sesión, Mirta cuenta que ocurrió algo sorprendente. La última vez que habían venido,

mientras se iban caminado por la vereda, sintió que alguien la tocaba en el hombro. Ella no imaginaba quién era ni por qué la estaba tocando. Se dio vuelta y se encontró con la mirada de Pedro, que le sonreía, para hacerle notar que la había tocado como chiste. Mirta se conmovió, pero “por suerte” esta vez no lloró. El reencuentro duró un instante, lo suficiente para que Osvaldo y los terapeutas alentaran alguna esperanza. Reina ese día no estaba y Pedro, fiel a su estilo, le quitó toda trascendencia al hecho.